

Crónicas de la Vida

Andrea Barrios Cedrés

Image not found.

Capítulo 1

Mientras Espero I (Fuera del trabajo).

No es mi puesto de trabajo, es cierto, pero a la hora de salida, (los días que me toca esperar a que me vengán a buscar, los días que no hay problemas con el carro), me dirijo al Circuito Judicial Penal: un gran edificio rectangular de dos pisos y un calabozo, (en la parte del sótano, ¡Gracias a Dios que nunca he pisado!), espero en la parte de afuera en una caseta de vigilancia, que la verdad llamarla "caseta" resulta alabar demasiado a una pequeña construcción de una pared, techo, un mesón alto y dos asientos de cemento.

Allí es donde estoy en la salida, se encuentra al lado de la entrada para el estacionamiento privado del Penal y como se sitúa en un punto elevado, se puede ver hacia la calle perfectamente.

No hay mucho que ver: la doble vía vehicular con la isla en medio, una casa de dos pisos y terraza, una panadería de aire coqueto llamada Sara's Cake, un terreno baldío que un letrero decolorado por el sol anuncia que allí se construirá un complejo residencial; tendrá por nombre *Tobogán de la Selva*, tal vez algún día los funcionarios podamos vivir en el, aunque actualmente está ocupado por árboles, árboles frondosos, árboles frondosos y altos, tanto que la vista no logra penetrar qué tan amplio es el terreno, y las enredaderas tejieron un manto verde en una buena parte de la cerca de metal que lo limita. Así que es casi una biosfera.

Pero de vez en cuando hay algo digno de verse.

No hay que olvidar que el edificio a mi espalda se decide diariamente sobre el futuro de mucha gente: ¿Cuántas vidas no cambiaron por el dictamen de un Juez?

Culpable.

Inocente.

Y no solo afecta al acusado, no, no hay que olvidar a la familia. Es curioso, cuando se comete un acto criminal no se reflexiona el cómo puede acabar para ti o a los tuyos. En especial a la madre.

Todos pueden olvidarte, todos pueden voltearte la cara e ignorarte, abandonarte, alejarse cuando ya es demasiado, pero ¿la mamá de uno?

Ellas siempre se quedan. Y aparte del presidiario, que siente en carne

propia la vida en prisión, ellas son las que más sufren.

He visto las suficientes escenas conmovedoras de reencuentros, abrazos extensos, besos y lágrimas que corroboran esa idea.

Una vez vi, por ejemplo, a una mamá apretujando entre sus rollizos brazos a su hijo recién liberado, un tipo con más pinta de adolescente que de adulto, queriendo envolverlo en su amor y no soltarlo, de hecho, caminaron con los brazos de ella en la cintura de él, y los de él sobre los hombros de ella, se movieron así unos pasos. Después la mujer se transformó de la imagen de cariño y alivio en la furia hecha persona. Se separó de su hijo y comenzó a regañarlo, lo apuntaba con el dedo como si fuera un arma y lo agitaba como un látigo, dando latigazos enérgicos, enfatizando las palabras que le soltaba, mientras el chico, mucho más alto que ella, la miraba cabizbajo y con los hombros encorvados, afrontando el regaño como un niño, pareciendo más joven todavía.

Pero no son solo las madres las que sufren, los hijos también lidian con lo que sus padres hicieron. ¿Cuántos problemas en la adultez no tienen su origen en una infancia complicada, por una mala relación -o falta de una- con los padres?

En otra ocasión vi a un grupo de personas, que entre ellas estaban dos chicas muy jóvenes, parecían de 18 o 19 años. Me llamaban la atención porque las dos tenían cada una un niño de la misma edad, aproximadamente de 2 años, una hembra y la otra un varón.

Observé como los niños se correteaban, persiguiéndose en esa dulce inocencia y entrega infantil. Siempre es lindo de ver eso.

Al rato después salieron del edificio los dos papas, también muy jóvenes, abrazaron y besaron a sus mujeres e hijos. Pude ver como uno de ellos le hizo cosquillas a la niña hasta que esta soltó una carcajada, mezcla de risa con grito de gozo.

Uno no puede ser indiferente ante la risa de un bebé que ríe con muchas ganas. Hay que ser muy sónico o amargado para no conmoverse ante algo así, a pesar de las circunstancias, y yo no pude evitar sonreír.

Ignoro sí no veía a su papá desde algún tiempo, intuyo que no por la efusividad de la escena, a lo mejor era el alivio que lo hacía tan cariñoso. Lo que sé es que observaba lo contenta que estaba la niña por estar con él, no lo juzgaba por lo que hizo o en lo que se vio involucrado, solo era su papá.

Quiero creer que por lo que lo hayan acusado, fue casual, un hecho aislado causado por la mala suerte de estar en un mal sitio en la hora menos conveniente; si soy generosa en mi suposición; o por un error de

juicio sumado tal vez por una necesidad acuciante, o por la avaricia de un momento donde fue débil en su moral; si no soy tan generosa; y al sentir el frío agarre de unas esposas en las muñecas con sus promesas de una vida de privación, humillación, reclusión y quien sabe que otros horrores, sean suficiente para que actúe con rectitud, o por lo menos dentro de las normas de las leyes en un futuro.

Quiero creer que, por esa niña, que todavía es maleable, él será mejor persona.

Hasta ahora he retratado momentos de reencuentros y alegrías todo lo mejor que he podido, pero no siempre la vista es tan dulce.

En otra vez, pude ver a un grupo grande de personas, todas ansiosas, caminando de aquí para allá, pero en esencia manteniéndose juntas, pertenecían a una unidad que comparte la misma preocupación, el mismo miedo y por los momentos son una manada que está separada del *resto*, *el resto* somos los que nos encontramos en los alrededores, pero somos aparte. Existe un muro invisible pero palpable que nos separa, incluso yo lo siento desde la distancia donde los miro.

Cuando finalmente salen a fuera del edificio cinco hombres, respirando el aire de libertad, no parecen tan jóvenes, al menos no todos parecen adolescentes.

La manada los ve, se emocionan, se acercan, comparten los abrazos y besos de películas. Todos, menos una mujer. Le calculo como máximo 40. Mira entre los que salen buscando un rostro familiar, el único que le pertenece.

Lo siguiente que pasa es muy lamentable.

Vi como su cara pasó de la alegría y esperanza a la preocupación y ansiedad. Su hijo, creo que debe ser un hijo, no se encontraba entre los alegres liberados. Con pena uno de los hombres niega con la cabeza, respondiendo a su suplica.

¿han visto alguna vez cómo se le rompe el corazón a una persona?

Yo sí.

La manada ya no existe, sino un solo radical libre. Sola en su desesperación, sola en su dolor. Ellos se volvieron parte del *resto* ahora, y ella una unidad en sí misma.

La mujer más que sentarse se derrumba en la acera de la calle y llora, no un llanto escandaloso sino un lamento largo, seguido de sollozo desconsolado, no para pedir ayuda o llamar la atención, es más bien la

clase de gimoteo cuando ya todo está perdido y no hay esperanza.

Así la vi yo, luego se retiró un poco para no estar en el medio de la acera, pero se volvió a sentar, derrotada, triste más allá de lo que soy capaz de expresar.

Llegaron por mí y no pude evitar pasar cerca de ella, otra mujer en vano trataba de consolarla, y escuché como la doliente le dijo esto:

-No lo aguanto más, no resisto. Me quiero morir.

Capítulo 2

Mientras espero II (¿Qué fue de ellas?)

Recuerdo ese momento, aunque hayan pasado algunos años. Esto sucedió en 2013. Tenía que hacerme unos exámenes de sangre, nada grave, solo que necesita saber mi perfil veinte y niveles de azúcar.

Así que estaba en el área de espera del laboratorio, era pequeña, solo tenía espacio para seis sillas, por suerte no había muchas personas, lo cual era un poco inusual. Cinco de las seis sillas estaban ocupadas por lo que me tocó la última, no tenían revistas lo que es todavía más insólito ¿Qué área de espera no tiene volúmenes viejos de revistas? ¿Ni siquiera periódicos?

La situación del país no era *tan* mala, comenzaba el declive de nuestra economía, el preludio de los malos años que tendríamos y que aún tenemos que sobrellevar, pero no éramos conscientes de eso todavía.

Para entretenerme, comencé a observar lo poco que estaba a mi alrededor: un cuadro al frente mío, pintado en espacio negativo, (fondo negro con líneas blancas), donde mostraban el inicio de la vida, la concepción, espermatozoides llegando al ovulo, en una esquina, en las otras se mostraba el embrión dividido en dos, en cuatro, en forma de feto y en el centro, en el útero, un bebé de 8 o 9 meses.

A mi derecha un pequeño acuario con peses de colores, a mi izquierda, en la puerta, una lista de todos los exámenes que se hacen en el laboratorio.

Y también detallé a las personas, pero no guardé en mi memoria nada referente a ellos, pues ninguno era amigo o conocido mío y, dado que la fila avanzaba con más o menos rapidez no daba mucho chance de que se iniciara algún tipo de conversación, todos nos levantábamos y ocupábamos el asiento de al lado.

Pero hubo alguien que llamó mi atención. La recuerdo con mucha claridad, bueno utilicé el singular, pero en realidad eran dos: una madre y su bebita. La mujer y la niña eran de piel morena, la mamá era bajita y estaba muy delgada, cara redonda y aniñada, mejillas hundidas y ojerosa, parecía más una adolescente que una mujer, pero como estaba sola le calculé al menos 18; la bebé era pequeña, de extremidades escuálidas y se movía poco, nunca abandonó los brazos de su madre. Estaban en el puesto justo adelante mío, por esa razón cuando le tocó el turno a ella yo estaba sentada al lado y no puede evitar escuchar lo que el enfermero le preguntaba al pedirle los datos.

La mujer se identificó como la mamá de la niña, dijo que el médico le había mandado a ser unos exámenes a su hija, le pasó un recípe y el enfermero los anotó en una hoja, preguntó cuánto tiempo tenía la bebé, su respuesta me dejó de piedra por la sorpresa; la niña, que yo le calculaba unos 6 meses cuando mucho, tenía ya el año, el enfermero siguió preguntando, pero se veía la sorpresa de su cara. Por supuesto, ella no caminaba.

Al terminar el interrogatorio pasó a la sala donde harían las pruebas y cuando ella entró me tocó a mí dar mis datos al enfermero, cuando la madre y su bebé ya no estaban a la vista no pude evitar susurrarle al enfermero.

-¡Ay chamo! ¡Esa niña está desnutrida!

A lo que él me dio la razón.

Recuerdo que fue en el 2013, pues se me gravó que cuando me preguntó mi edad yo tenía recién cumplido los 20 años.

No supe que fue de esa niña, ignoro si está viva todavía, solo sé que me dio muchísima pena por ella y su mamá, ella tampoco es que estaba muy nutrida.

Veo la situación que estamos pasando en el 2018 y, me pregunto algunas veces si esa mamá, cuyo nombre desconozco, ya se encontraba luchando por subsistir por aquel momento ¿Cómo de mal estarán las dos ahora?

Sí paso trabajo yo y me encuentro más delgada, por reducir forzosamente las porciones, no por vanidad, sino para rendir la comida.

Ruego a Dios que estén bien pero nunca lo sabré.

Sé que ellas se quedaron conmigo, en mis buenos deseos, que ojalá pudiera dar más que eso.

Capítulo 3

En el Bus I (Problemas al desplazarme)

Sí no tienes carro estas en problemas, sí lo tienes y por cualquier cosa se encuentra parado (por caucho(s), batería, repuestos, aceite, etc.) Estas en peores problemas. Y formas partes del grupo denominado "personas de a pie" que deben desplazarse caminando, sí no es relativamente lejos, por medio del transporte público, o usando la súplica y pedir la cola(*1) a algún amigo, vecino, conocido, hasta esa persona que en secreto te cae mal y puede que no soportes, pero están tan cansando que hasta a él le pedirías que te llevara tan sólo para llegar o estar más cerca de tu destino, inclusive aunque eso solo te deje en la incomodísima situación de no tener temas de qué hablar más que de un montón de silencios incómodos, sonrisas forzadas, y preguntas tópicas, (por no decir Hipócritas) que arrojar para no parecer mal educado. O irse en un taxi, pero éste es la última opción, sólo para emergencias y tienes suficiente dinero en efectivo que entregar por la carrera, que entregaras con dolor, porque te costó reunirlo.

(Los bancos dan un máximo que es insuficiente para una chupeta, menos para el taxi [*3]).

Creo que debo decir que no pensé que tendría que usar con frecuencia el bus, o las muchas caóticas circunstancias que implica usar el transporte público.

Cada día es el mismo destino, viajes distintos. Todo depende de una serie de circunstancias que escapan fuera de tú control y tus deseos. Depende del tipo de transporte, las condiciones del vehículo, la hora y el lugar donde esperas conseguirlo, hasta el clima influye mucho.

Pequeños cuentos de viajes tengo, ¡Oh sí!

Recuerdo un día en particular, era por la mañana, el bus que llegó era una unidad privada, o sea de las pequeñas. Se formó un aglomerado de personas. Una cosa que tienen en común todos los autobuses, siempre se forma un desorden en las paradas. La gente a veces está tan desesperada por irse que no quieren esperar, o darle permiso a los que están bajando, quieren entran corriendo. El colector tiene que poner orden, intentar al menos. Me tocó en la puerta, odio que me toqué en la puerta, y no, no me refiero a estar dentro viendo hacia la puerta, eso sería mejor. Yo estaba parada en el escalón con la puerta abierta, agarrada férreamente a la baranda. Sentía el viento en mi cabello y espalda, pisaba con pies de

plomo porque si me movía un paso atrás, uno solo, caería.

De. Un. Carro. En. Movimiento.

Trataba de no pensar que, si ocurría un accidente, yo saldría despedida a como 80 o 90 kilómetros por hora más o menos contra el duro asfalto, o amortiguaría mi aterrizaje en el parabrisas de otro vehículo.

Como dije trataba.

Sí, a veces ocupar espacio en un autobús atestado de gente te deja en una circunstancia insegura para tu integridad física. Pero el estar "más" adentro del autobús también puede llegar a ser incomodo si no consigues asiento. La expresión: "Cómo sardinas en lata" ¿Les suena? Pues es literal lo que se siente. El espacio personal es inexistente. En medio de esto por lo menos, debo reconocer algo que no ocurre, que sí pasa, por ejemplo, en la capital, o en una ciudad grande. No hay pellizcas traseros, al menos a mí nunca me lo han hecho, a lo que debo dar gracias de no ser expuesta a ese trato denigrante hecho por perversos babosos.

Pero, sí eres una persona que sufre de claustrofobia, o fobia al contacto humano, sudaras frío si te toca ir en bus. Recuerdo una oportunidad, me monté en un Yutong, uno de esos autobuses rojos chinos del gobierno, los únicos con unas puertas de salida que cierran hacia dentro, quedé muy cerca de la puerta, pero no pegada de ella para no recibir el golpe cuando estas abren, justo al frente mío iba una señora gorda, con el cuerpo voluminoso, detrás de ella intentaba salir otra persona, lo que hace que todas a su alrededor intenten comprimirse para que pueda pasar. Yo terminé atrapada entre la señora gorda y la puerta.

No podía respirar.

Y no lo digo por decir, yo en serio no podía respirar, se lo dije a la señora gorda sin aliento. Pero la masa de personas se cerró como una pared, la muchedumbre se acomodó en el hueco que hizo. La mujer gorda intentó abrirse paso en su posición, para disgustos de algunos que no habían escuchados mis débiles palabras, yo empujaba a la mujer gorda para ayudarla. Fue un alivio volver a tomar una bocanada de aire otra vez, aunque estaba mezclado con el aroma del sudor ajeno.

Los autobuses tienen sus horarios, de lunes a sábado, de 6 de la mañana a 6 de la tarde, pero claro hay dos horas pico que puede resultar difícil agárralo, de 11:30 a 12 del mediodía y de las 5:30 a 6 de la tarde. Consejo: la diligencia que tengas que hacer si no puedes terminarla temprano ten un plan B y también un plan C preparado para contingencias, ya sea que te tengas que quedar hasta que la hora pico

pase, o tener que usar un taxi. Todo es posible.

Recuerdo un día que me quedé en el centro de la ciudad demasiado cerca de las 11:30 y ya comenzaba a ponerse las cosas difíciles, los buses que pasaban estaban tan atestados de gente, que ignoraban a los que estaban en las paradas, comenzaba a preocuparme pensando que tendría que irme en un taxi.

El tránsito se hacía lento y comienzan a crecer las filas de carros. Un yutong aparece, va frenando poco a poco a medida que avanza el vehículo de al frente, sin detenerse del todo, tiene la puerta de entrada abierta y el recolector nos dice a los esperanzados transeúntes que no están recogiendo a más pasajeros. Continúa su lento andar.

Impulsada por el cansancio de estar esperando, avance deprisa detrás del bus, y luego empecé a correr en pos de él, no dije nada, no lo pensé y no me fijé si alguien más me seguía o no. Mis ojos se posaron fijos a delante en el asa de la puerta.

Si no hubiese sido por el tránsito vehicular lento, jamás hubiera ocurrido lo que pasó. Estiré mi brazo hasta agarrar el tubo metálico de asa de la puerta y cuando mis dedos se agarraron de él, brinqué, impulsando mi cuerpo dentro del bus, sin que este se detuviera. No iba a detenerse por mí.

El recolector me gritó.

El chofer me gritó.

Sí no tienes carro estas en problemas, sí lo tienes y por cualquier cosa se encuentra parado (por caucho(s), batería, repuestos, aceite, etc.) Estas en peores problemas. Y formas partes del grupo denominado "personas de a pie" que deben desplazarse caminando, sí no es relativamente lejos, por medio del transporte público, o usando la súplica y pedir la cola(*1) a algún amigo, vecino, conocido, hasta esa persona que en secreto te cae mal y puede que no soportes, pero están tan cansando que hasta a él le pedirías que te llevara tan sólo para llegar o estar más cerca de tu destino, inclusive aunque eso solo te deje en la incomodísima situación de no tener temas de qué hablar más que de un montón de silencios incómodos, sonrisas forzadas, y preguntas tópicas, (por no decir Hipócritas) que arrojar para no parecer mal educado. O irse en un taxi, pero éste es la última opción, sólo para emergencias y tienes suficiente dinero en efectivo que entregar por la carrera, que entregaras con dolor, porque te costó reunirlo.

(Los bancos dan un máximo que es insuficiente para una chupeta, menos para el taxi [*3]).

Creo que debo decir que no pensé que tendría que usar con frecuencia el bus, o las muchas caóticas circunstancias que implica usar el transporte público.

Cada día es el mismo destino, viajes distintos. Todo depende de una serie de circunstancias que escapan fuera de tú control y tus deseos. Depende del tipo de transporte, las condiciones del vehículo, la hora y el lugar donde esperas conseguirlo, hasta el clima influye mucho.

Pequeños cuentos de viajes tengo, ¡Oh sí!

Recuerdo un día en particular, era por la mañana, el bus que llegó era una unidad privada, o sea de las pequeñas. Se formó un aglomerado de personas. Una cosa que tienen en común todos los autobuses, siempre se forma un desorden en las paradas. La gente a veces está tan desesperada por irse que no quieren esperar, o darle permiso a los que están bajando, quieren entran corriendo. El colector tiene que poner orden, intentar al menos. Me tocó en la puerta, odio que me toqué en la puerta, y no, no me refiero a estar dentro viendo hacia la puerta, eso sería mejor. Yo estaba parada en el escalón con la puerta abierta, agarrada férreamente a la baranda. Sentía el viento en mi cabello y espalda, pisaba con pies de plomo porque si me movía un paso atrás, uno solo, caería.

De. Un. Carro. En. Movimiento.

Trataba de no pensar que, si ocurría un accidente, yo saldría despedida a como 80 o 90 kilómetros por hora más o menos contra el duro asfalto, o amortiguaría mi aterrizaje en el parabrisas de otro vehículo.

Como dije trataba.

Sí, a veces ocupar espacio en un autobús atestado de gente te deja en una circunstancia insegura para tu integridad física. Pero el estar "más" adentro del autobús también puede llegar a ser incomodo si no consigues asiento. La expresión: "Cómo sardinas en lata" ¿Les suena? Pues es literal lo que se siente. El espacio personal es inexistente. En medio de esto por lo menos, debo reconocer algo que no ocurre, que sí pasa, por ejemplo, en la capital, o en una ciudad grande. No hay pellizcas traseros, al menos a mí nunca me lo han hecho, a lo que debo dar gracias de no ser expuesta a ese trato denigrante hecho por pervertidos babosos.

Pero, sí eres una persona que sufre de claustrofobia, o fobia al contacto humano, sudaras frío si te toca ir en bus. Recuerdo una oportunidad, me monté en un Yutong, uno de esos autobuses rojos chinos del gobierno, los únicos con unas puertas de salida que cierran hacia dentro, quedé muy cerca de la puerta, pero no pegada de ella para no recibir el golpe cuando estas abren, justo al frente mío iba una señora gorda, con el cuerpo voluminoso, detrás de ella intentaba salir otra persona, lo que hace que

todas a su alrededor intenten comprimirse para que pueda pasar. Yo terminé atrapada entre la señora gorda y la puerta.

No podía respirar.

Y no lo digo por decir, yo en serio no podía respirar, se lo dije a la señora gorda sin aliento. Pero la masa de personas se cerró como una pared, la muchedumbre se acomodó en el hueco que hizo. La mujer gorda intentó abrirse paso en su posición, para disgustos de algunos que no habían escuchados mis débiles palabras, yo empujaba a la mujer gorda para ayudarla. Fue un alivio volver a tomar una bocanada de aire otra vez, aunque estaba mezclado con el aroma del sudor ajeno.

Los autobuses tienen sus horarios, de lunes a sábado, de 6 de la mañana a 6 de la tarde, pero claro hay dos horas pico que puede resultar difícil agárralo, de 11:30 a 12 del mediodía y de las 5:30 a 6 de la tarde. Consejo: la diligencia que tengas que hacer si no puedes terminarla temprano ten un plan B y también un plan C preparado para contingencias, ya sea que te tengas que quedar hasta que la hora pico pase, o tener que usar un taxi. Todo es posible.

Recuerdo un día que me quedé en el centro de la ciudad demasiado cerca de las 11:30 y ya comenzaba a ponerse las cosas difíciles, los buses que pasaban estaban tan atestados de gente, que ignoraban a los que estaban en las paradas, comenzaba a preocuparme pensando que tendría que irme en un taxi.

El tránsito se hacía lento y comienzan a crecer las filas de carros. Un yutong aparece, va frenando poco a poco a medida que avanza el vehículo de al frente, sin detenerse del todo, tiene la puerta de entrada abierta y el recolector nos dice a los esperanzados transeúntes que no están recogiendo a más pasajeros. Continúa su lento andar.

Impulsada por el cansancio de estar esperando, avance deprisa detrás del bus, y luego empecé a correr en pos de él, no dije nada, no lo pensé y no me fijé si alguien más me seguía o no. Mis ojos se posaron fijos a delante en el asa de la puerta.

Si no hubiese sido por el tránsito vehicular lento, jamás hubiera ocurrido lo que pasó. Estiré mi brazo hasta agarrar el tubo metálico de asa de la puerta y cuando mis dedos se agarraron de él, brinqué, impulsando mi cuerpo dentro del bus, sin que este se detuviera. No iba a detenerse por mí.

El recolector me gritó.

El chofer me gritó.

¡Diablos! Tal vez algún pasajero me gritó.

Pero yo no escuché las palabras, el corazón me retumbaba por la adrenalina y mi cara solo lucía una gran sonrisa. Le pagué al recolector y me alejé unos pasos de la puerta, escuché que la cerraban para que otro loco no intentara la misma hazaña.

Luego caí en cuenta que lo que hice fue temerario, por no decir estúpido, el autobús pudo acelerar y yo perder el equilibrio y caer, lastimándome de forma seria, incluso haberme matado como una pobre pendeja.

¡Pero me monté!

Ir en autobús puede ser complicado, puedes quedar esperando en la parada hasta que te salgan raíces, ramas y comiences a florecer y todavía estés esperando, pero yo pongo el límite cuando los pájaros quieren anidar en mí. También tienes que estar pendiente de las condiciones atmosféricas. Tratar de irte antes que llueva es importante, para prevenir una gripe o un resfriado todos no convertimos en gente de azúcar, como en aquel cuento de Assimo que leí una vez. Y cuando finalmente te montas estas tan cerca de la gente que llegas a oler el violín (*2) que portan hasta que te sientas mareado, además tienes que ver como se detiene el bus cada doscientos metros más o menos.

Pero un autobús sea privado o un yutong, es mejor que una perrera, para los que no son venezolanos, así le decimos a los camiones y camionetas que son utilizadas como transporte. Que van desde las camionetas Toyotas hasta los camiones tres-cincuenta, que en condiciones normales deberían ser usados para transportar ganado, materiales de construcción o cajas con comida. El cariñoso apodo se debe que te sientes denigrado al tener que utilizarlos, estando expuesto al sol o la lluvia. (Aunque ya hay perreras que les instalan "techos" de lonas y fijados con barras de metal, no todas las tienen.)

Montarse es un peo. El escalón que tienen es demasiado alto y siempre alguien tiene que ayudarte a subir. Existen casos de personas desesperadas que salen corriendo en pos de uno, queriendo montarse como sea y pisan en falso, cayéndose y golpeando la cabeza contra el asfalto, muriendo.

Pueden preguntarse ¿Y cómo hacen algunos pasajeros para agarrarse? Y yo respondo. Depende. Si están en una perrera grande es casi seguro que tiene amarrado en varios extremos una cabuya de nailon amarilla, con eso te sostienes, pero si es una perrera pequeña pues te agarras de otro pasajero y rezas para que el conductor no frene de repente y tengan un

accidente.

Una vez vi una camioneta que estaba tan abarrotada de gente que una persona estaba acostada en el techo. Te da de que pensar ¿Verdad?

Por ahora eso es todo.

*1 Cola tiene varias acepciones, entre ellas pedir la Cola en Venezuela significa pedir aventón o autostop hasta tu destino o cerca de tu destino. También se le dice cola a la fila que se tiene que hacer para esperar el turno. Ej.: Cola del banco, cola para pagar, etc.

*2 violín es también el nombre que se le da al mal olor de las axilas.

*3 para el momento que escribí esto era cierto lo de los bancos, actualmente dan más, pero a condición que hagas una kilométrica cola de a veces dure todo el día con la esperanza de poder entrar.